

9 de febrero de 2018

Dr. Emmanuel Haro Poniatowski, presidente en turno de la Junta Directiva
Distinguidas y distinguidos miembros de la Junta Directiva
Dr. Eduardo Peñalosa Castro, rector general de la UAM
Estimadas y estimados rectores de las Unidades de la UAM
Dr. José Antonio de los Reyes, secretario general de la UAM
Colegas, amigas y amigos

La Junta Directiva de nuestra Universidad me ha honrado al nombrarme rector de la Unidad Iztapalapa para el periodo 2018-2022. El nombramiento supone una confianza depositada que habré de corresponder. Existen diversas formas para devolver, en reciprocidad, esta confianza. Por fortuna no hay que buscar en esquinas insólitas o en misteriosos refugios para dar con ellas. Nuestra Legislación señala las obligaciones y competencias que les son propias a un rector de Unidad: me comprometo a acatarlas, a actuar en conformidad con ellas y a ejercerlas respetuosa, argumentada, racionalmente. Es un compromiso institucional, en efecto, pero también es uno personal que tengo con la Universidad Autónoma Metropolitana y con la Unidad Iztapalapa.

El nombramiento constituyó la fase final de un proceso en el que participaron distinguidos colegas de nuestra Unidad. Soy enfático en este punto: no competimos unos **contra** otros. Antes bien, aspiramos, legal, legítimamente, a ocupar el cargo de rector, y nos vimos beneficiados del debate pacífico y tolerante, propositivo, apasionado e intenso entre nosotros y con la comunidad universitaria a la que pertenecemos. Revivimos en este proceso una vieja enseñanza: que cuanto somos depende, de un modo crucial, de las relaciones dialógicas que podamos establecer con los demás. Por tanto, manifiesto aquí mi agradecimiento, mi reconocimiento, y sin duda el de nuestra comunidad, a los doctores Tomás Viveros García, Gilberto Córdova Herrera, Gerardo Saucedo Castañeda y José Luis Flores Sáenz: con su participación la Unidad se ha enriquecido y se seguirá consolidando.

En las últimas semanas me he preguntado si existe algo así como una suerte de identidad de la Unidad Iztapalapa, algo como un espíritu de cuerpo que nos aglutine alrededor de objetivos públicos compartidos. Creo, en principio, que disponemos de

razones para responder afirmativamente. Compartimos y aspiramos a fortalecer lo que llamo una *ciudadanía universitaria*, esto es, un compromiso con la universidad pública como derecho ciudadano y bien colectivo; una institución de cultura donde se cultivan en libertad las áreas del conocimiento científico, tecnológico y humanístico –y no menos las expresiones artísticas–, donde se reconozcan los problemas sociales y se impulse el bienestar social; que somos miembros de una comunidad con principios a los que no podemos renunciar –la autonomía, la libertad de pensamiento y su ejercicio crítico, la creatividad e imaginación, la pluralidad, equidad y respeto de la diversidad. Una ciudadanía que en suma procura ser, hacerse y renovarse como éticamente comprometida.

Además de estos objetivos públicos aglutinantes, puedo señalar otras notas de identidad. Pienso en el reconocimiento común de los no pocos logros de la Unidad: una extraordinaria habilitación de su planta académica, con enorme talento y experiencia en la investigación de vanguardia, en la docencia, difusión de la cultura; la presencia de programas de posgrado de excelencia; el acceso vigoroso a fuentes externas de financiamiento para la investigación; sólidos vínculos con los sectores social, público y privado. Nos hemos hecho de una biografía colectiva multicéntrica (que como toda biografía se rehace a sí misma permanentemente). Estos logros, cabe subrayar, lo son respecto a un horizonte de objetivos que la UAM y nuestra Unidad se trazaron, y para cuyo cumplimiento se diseñaron estrategias institucionales, pero de aquí no podemos concluir que ellos han sido, de una vez por todas, satisfechos. En cierto sentido son inagotables, pues por la naturaleza de nuestras responsabilidades, tareas y objetivos estamos más emparentados con los esfuerzos de Sísifo que con los trabajos de Hércules.

Si he señalado los logros de la Unidad no ha sido por arrogancia, ni mucho menos por hacer aquí un guiño de autocomplacencia. Y tampoco porque incurra en un ciego optimismo. Antes bien, si me permití describirlos ha sido porque entonces debemos ser más perspicaces, atentos e imaginativos para actuar en consecuencia al discernir con mayor claridad los retos, dificultades y problemas que tenemos frente a nosotros y con los que tendremos que contender. Permítanme entonces comenzar con la situación de emergencia que está viviendo la Unidad Iztapalapa a raíz del sismo del 19

de septiembre y su devastadora secuela en el edificio S de la División de Ciencias Biológicas y de la Salud, que ha causado un enorme perjuicio a los alumnos, profesores y trabajadores, a los programas de docencia, a las investigaciones que ahí se realizaban, a la gestión institucional y, por qué no decirlo, al ánimo de quienes, de súbito, se han quedado sin el cobijo del hogar propio. Los próximos años de la Unidad Iztapalapa y de la UAM requerirán un esfuerzo institucional excepcional para recuperar el edificio S. Un empeño que no admite dilaciones ni imprudencias, y que deberá formar parte de un plan de obras integral de la Unidad que incluya la conclusión del edificio de Ciencia y Tecnología y la rehabilitación de otros más – entre ellos el edificio T. Este afán requerirá de cuantiosos recursos económicos, pero sobre todo deberá integrar la solidaridad y riqueza de la participación colegiada de los universitarios para adoptar y ejecutar las decisiones más convenientes, para gestionar racional y colectivamente el uso de los espacios y la infraestructura de la Unidad.

Lamentablemente no es la única situación de emergencia que padecemos. La inseguridad se ha agudizado en las últimas dos semanas. Se ha incrementado el índice de asaltos a miembros de la comunidad universitaria: sea en los microbuses, sea en las calles aledañas a nuestra Unidad. Nos reunimos hace un par de días con el director de seguridad de la Delegación Iztapalapa, quien se comprometió a poner en operación el programa Pasajero Seguro y el programa Códigos Águila, que supone vigilancia continua en la periferia de la Unidad, particularmente entre las casetas 2 y 3, donde se han presentado asaltos frecuentes. Daremos seguimiento a estos programas para que se mantengan robustos con el paso del tiempo. Sin demora, debemos continuar con la instrumentación de las medidas de seguridad que el Consejo Académico ha aprobado. Hemos convocado para la próxima semana a directivos de instituciones de educación superior y media superior de la UNAM, del IPN y de Colegio de Bachilleres del oriente de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México para intercambiar opiniones y valorar la coordinación de acciones conjuntas. Rectoría general, por su parte, está enlazándose con el gobierno central de la CDMX y sus diversas secretarías para atender esta crisis de seguridad. Además, estamos revitalizando el proyecto de transporte concesionado **exclusivo** para la comunidad universitaria: más temprano que tarde esperamos

informarles de su puesta en marcha. La secretaría de Unidad se ha reunido con los representantes estudiantiles, con las alumnas y alumnos agraviadas que han acudido a esta instancia, y se les brindó el apoyo y la atención jurídica que han requerido. Debemos atender con urgencia estos desafíos, pero para superarlos insisto en la importancia de refrendar nuestro sentido de comunidad y ciudadanía universitarias.

A la calamidad de los sismos y la inseguridad, debemos añadir las políticas de restricción presupuestal a las universidades públicas. Por ello nuestra circunstancia y tiempo presente nos obligan a repensar el lugar de la universidad pública –de nuestra universidad– en el escenario nacional: concebirla como agente de transformación social. Iniciaremos en consecuencia políticas que hagan de nuestra Unidad un espacio éticamente responsable ante una sociedad que, como la mexicana, está agobiada por un mar de corrupción, impunidad, violencia, inseguridad, desigualdad, pobreza; donde existe una palpable ausencia de proyectos nacionales y alternativas promisorias para las(os) jóvenes. En 2015 Colegio Académico creó la *Defensoría de los Derechos Universitarios*. Si bien una de las facultades del Defensor es promover una cultura de los derechos humanos y universitarios, ésta no es tarea exclusiva de él, constituye de hecho una obligación de todo ciudadano, y en particular de los miembros de nuestra comunidad. De aquí que habremos de impulsar una cultura por los derechos, y con ella una *política institucional de equidad de género*. Debemos reconocer que existen mecanismos estructurales y cotidianos que propician la desigualdad de género en la vida universitaria, que impiden el disfrute pleno de los derechos, que ponen en riesgo las seguridades personales y obstaculizan el idóneo desarrollo de las funciones de la institución. Empezaremos acciones encaminadas a lograr la equidad de género en el quehacer universitario: que nuestra Unidad sea un lugar libre de toda forma de abuso de la autoridad y de violencia de género, sea física o simbólica. Y en la misma dirección, alineados con el resto de la UAM, se requiere ahondar la *política de transparencia y rendición de cuentas* en el ejercicio presupuestal, una que genere confianza y otorgue certidumbre jurídica: debemos ser obsesivamente escrupulosos en dar cuentas a nuestra comunidad y a la sociedad.

En su diversidad, la Unidad Iztapalapa ha de esforzarse por poner en el centro un reto fundamental que la une: el de atender los problemas propios de la docencia a nivel de licenciatura. Algunos de los indicadores cuantitativos de las licenciaturas que ofrecemos en la Unidad nos plantean exigencias. A éstas hay que agregar preguntas de orden cualitativo. En una reunión académica para celebrar los 40 años de la UAM-I, dos colegas de la Unidad, las doctoras María José Arroyo y Laura del Alizal nos planteaban las siguientes preguntas¹: “¿son nuestros alumnos el centro de nuestra atención?”, “¿hemos hecho innovaciones en la conducción del proceso de enseñanza-aprendizaje?”, “¿hemos dado la debida atención a nuestros egresados de licenciatura y posgrado?”, “¿se difunden las buenas prácticas derivadas de las experiencias obtenidas del proceso de enseñanza-aprendizaje?”, o bien “¿existe la organización y gestión colegiada de la docencia?” En 2003, a través el Consejo Académico, nos dimos las *Políticas Operativas de Docencia de la Unidad Iztapalapa* (PODI) con el propósito de mejorar la docencia de un modo integral. Una tarea inmediata que nuestro Consejo Académico habrá de acometer será la de revisar, debatir, modificar y poner en operación en su caso unas renovadas PODI. Estoy convencido que la idónea operación de las políticas de docencia beneficiará también a las otras dos funciones sustantivas de la universidad –investigación y preservación y difusión de la cultura–, así como los servicios que ofrece la Unidad. Por ejemplo, la biblioteca. Debemos convertirla en centro simbólico de la universidad y de nuestra Unidad: ante la falta de sensibilidad e imaginación y la ignorancia de buena parte de nuestra clase política, la biblioteca debe ser nuestro emblema. No es casual que Jorge Luis Borges se imaginara al paraíso bajo la forma de una biblioteca. Ésta nos conecta con el mundo y con mundos posibles: precisamos mejorar su conectividad, profundizar su capacidad tecnológica y ampliar el ingreso a fuentes digitales de información y conocimiento. Distraídamente me percaté que voy introduciendo notas de mi programa de trabajo: no pretendo repetirlo, pero sí subrayar que trabajaremos – con los órganos e instancias correspondientes y con los grupos de investigación– por potenciar tres excelencias de nuestra Unidad: los posgrados, la investigación y la

¹ María José Arroyo y Laura del Alizal, “¿Son nuestros alumnos el centro de nuestra atención?”, trabajo inédito.

vinculación. Al respecto, tendremos que reforzar las funciones y actividades de la Coordinación de Vinculación Académica.

En sus *Seis propuestas para el próximo milenio*, Ítalo Calvino nos recomienda cultivar la virtud de la levedad en oposición a la carga de la pesadez, una pesadez que “termina por envolver toda existencia en una trama de nudos cada vez más apretados”. La vivacidad y la movilidad de la inteligencia, continúa Calvino, nos permiten escapar a la condena de revelar el propio peso insostenible. Las instituciones suelen ser pesadas, la nuestra también se ha hecho pesada. Tenemos que intensificar juntos los esfuerzos para aligerar el peso administrativo que sufrimos; para hacer de nuestro campus un lugar más habitable, que propicie la identidad y el sentido de comunidad. En las instituciones universitarias la vivacidad y movilidad de la inteligencia deben ser su consigna y *modus operandi*. Un genuino acto de levedad supone una estrecha relación con los trabajadores administrativos y con el SITUAM: desde luego los términos de la contratación colectiva serán respetados. Convivimos en el mismo barco, conformamos un sistema de corresponsabilidades. Construyamos un diálogo directo, franco, con acuerdos y reglas claras, que propicie que los derechos, responsabilidades y bienestar de los trabajadores contribuyan al mejor funcionamiento de la Unidad.

La Unidad Iztapalapa no está aislada, forma parte de un entramado institucional muy complejo. Es fundamental integrarnos y trabajar en *proyectos universitarios de futuro compartido* con el Rector General y los Rectores de Unidad, pero también en el seno del Consejo Académico y del Colegio Académico; mantener relaciones respetuosas, sanas y fructíferas con los órganos colegiados, como el Patronato y la Junta Directiva; ahondar las redes que, al cabo de más de 40 años de nuestra institución, se han ido tejiendo con la comunidad académica en su conjunto para cumplir con el objeto de la UAM. En los tiempos de amenaza que vivimos hagamos honor a la palabra *universitas*, que reúne en sí las ideas de: unidad y diversidad (*unum* y *versum*). Cuando la UAM cumplió 15 años, le escuché decir a uno de mis maestros estas palabras: “Para nosotros, universitarios, el solo nombre «Universidad» evoca estados de ánimo complejos y ricos de significado intelectual y emotivo, de gozos intensos en convivencia con amigos y compañeros, de ilusiones cumplidas, de logros intelectuales, de dudas abismales sobre nuestros

conocimientos y sobre nuestras aptitudes, de nuestro cuestionamiento profundo de nuestro ser y quehacer, de nuestra esperanza contra toda esperanza. Por ello reafirmamos con plena lucidez: se sustenta, confiada, la Universidad en su nombre”², es decir, en la fuerza de la unidad con el sabio reconocimiento de la diversidad.

Otro acto de levedad lo constituye sin duda el gesto de agradecer. Agradezco al Dr. Octavio Nateras Domínguez por encabezar los esfuerzos que han propiciado el desarrollo de la Unidad en los últimos cuatro años. Agradezco a la Junta Directiva por la confianza depositada y por incluirme en una genealogía –o quizá convenga decir linaje– cuyos miembros he respetado y admirado: la de los ex-rectores de Unidad. Bien sé que esta incorporación me la tengo que ganar con vocación de servicio. Agradezco a Carmen y a nuestras dos hijas, Amor Carolina y Ana Sofía, y a mi familia toda, por su comprensión, apoyo, amor y solidaridad en este viaje que emprenderemos. La vida universitaria, la investigación y la docencia tienen algo de viaje, con riesgos, con destinos que se modifican y orígenes que se desvanecen; con sirenas y cíclopes que nos distraen, pero que también nos ofrecen enseñanzas; en nuestros viajes llegamos a puertos inesperados, y también desembarcamos en otros donde alguien nos espera; a veces hay viajeros que nos abandonan, a ellos nuestra dulce memoria.

El viaje de los universitarios, presumo, ha de ser optimista. A pesar de que nuestro tiempo y circunstancia no sean propicios para ello, la primera actitud genuinamente rigurosa asociada a la tarea de educar e investigar es la del optimismo. La enseñanza y la investigación implican creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender, en el deseo de saber, en el asombro y perplejidad que nos provocan, en que hay cosas –como las ecuaciones matemáticas, las técnicas, las redes de parentesco o los cuerpos de agua contaminados– que pueden ser sabidas y, más aún, que merecen serlo; en suma, que podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento y del diálogo, de la vivacidad y movilidad de la inteligencia que exige el auténtico trabajo colegiado al que estamos convocados.

² Roberto Varela, “Quince años haciendo Universidad”, *Alteridades. Anuario de Antropología*, UAM, México, 1990, p. 350.